

quez Gutiérrez (“Arte y mestizaje: Juan Correa, mulato libre, maestro de pintor”, 63-71) y Juan Manuel Lara C., en el citado trabajo. *Castálida*, pues, en su número de primavera, ha hecho un acercamiento generalizado, pero de ninguna manera superficial, del siglo xvii novohispano, abarcando diversas ramas artísticas y ubicando, en cada uno de sus artículos, la vida y la obra de Sor Juana Inés de la Cruz (antes y después de su ingreso al convento de San Jerónimo), tomando siempre en cuenta los aspectos antes mencionados. Ya lo decía (y muy bien) María Elisa Velázquez, en un fragmento que colocamos aquí para finalizar:

Es importante reiterar —como lo han hecho otros investigadores— que al estudiar la obra [...] de un artista novohispano [...], no podemos dejar de lado la reflexión de la situación histórica en su conjunto. Sólo bajo esta mirada podremos comprender con mayor profundidad los valores estéticos de la época, los objetivos de las obras o la condición social de los artistas (70).

ARTEMIO LÓPEZ QUIROZ

Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM

BIBLIOGRAFÍA CITADA

PAZ, OCTAVIO. *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. México: FCE, 1990. 304-322.

STEVENSON, ROBERT. *La música en las cátedras españolas del Siglo de Oro*. Madrid: Alianza Editorial, 1993. 138-139.

Beuchot, Mauricio, Juan Coronado, Beatriz Espejo *et al.*, colaboradores. *Los empeños. Ensayos en homenaje a Sor Juana Inés de la Cruz*. México: UNAM, 1995.

Entre las diversas acciones conmemorativas de los trescientos años del fallecimiento de Sor Juana Inés de la Cruz, destaca la edición de *Los empeños*, volumen con estudios dedicados a la vida y la obra de “la monja mexicana”, como la llama Gilberto Prado Galán, uno de los autores que figuran en el libro.

En *Los empeños* sobresalen los ensayos de Alessandra Luiselli, Víctor Gerardo Rivas L., Eugenia Revueltas, Juan Coronado, Sergio

Fernández y Alberto Paredes. Alessandra Luisselli demuestra cómo Sor Juana y las personalidades del círculo virreinal participaban en juegos de identidades escondidas, en los que la monja de san Jerónimo llegó a peligrosos atrevimientos. En más de una página, su texto es contrapunto de ideas anteriores muy prestigiadas y aun de trabajos filológicos, como los de Méndez Plancarte. El análisis de Luisselli alcanza el momento más interesante al plantear como hipótesis que los atrevimientos de Sor Juana en el trato con los virreyes de Galve fueron el motivo que finalmente ocasionó su muerte, precedida de la reconvención y el despojo:

Si alguna característica define a Sor Juana Inés de la Cruz es precisamente aquella del atrevimiento: siendo Ícaro y Faetón sus verdaderos emblemas. No por casualidad ella misma se refiere a los héroes que alegorizan la osadía una y otra vez. La conciencia de que el castigo y la ruina esperaban a cuantos intentaban medir sus hazañas con los seres superiores era recurrente en Sor Juana, tan recurrente que en numerosas ocasiones encontramos este pensamiento en sus composiciones a los virreyes de Galve. La monja mexicana los retó infinidad de veces, y si al principio la ironía de sus poesías pudo pasar sin ser detectada o castigada, el desafío de la última de sus composiciones, el más abierto de sus retos, siendo paradójicamente el más oculto, determinó su ruina (141).

Víctor Gerardo Rivas L. aporta una idea fundamental: que la originalidad de Sor Juana reside en que ella reflexionó de manera abstracta sobre cuestiones religiosas en una época hostil. Más aún: que su análisis de las relaciones entre Dios y el hombre es heterodoxo. La Sor Juana que ve Víctor Gerardo Rivas es una monja que “participa con fragor en una polémica que mina desde sus cimientos el edificio de la Contrarreforma y, en un nivel mucho más profundo, la cosmovisión cristiana” (224).

Según este autor, Sor Juana, netamente humanista, estaba más empapada en la corriente hermética que en la de origen grecolatino.

Eugenia Revueltas descubre que *Los empeños de una casa* es una obra canónica, cuya originalidad y riqueza hay que buscarlas en la loa y en los sainetes. Importantes me parecen sus afirmaciones acerca de la manera en que Sor Juana puede estar en *Los empeños de una casa*

Decir que Leonor es Sor Juana es no sólo arriesgado, sino peligroso. Sabemos que nunca, ni en el más realista y biográfico de los textos literarios, realidad y ficción son idénticos, siempre hay di-

fracciones, refracciones, traslaciones, que van enriqueciendo, modificando y metamorfoseando el punto de partida de realidad al punto de llegada de la ficción. Así que este parlamento nos refiere cosas de Leonor y muy oblicuas y complejas de Sor Juana (204)

y sobre el aspecto lúdico del lenguaje sorjuanista

Si jugamos con los signos y los referimos al texto del sainete, veremos que Sor Juana juega, y de popular o sencillo el sainete nada tiene, pero sí de juego y de apetecible manjar (204).

Juan Coronado, Sergio Fernández y Alberto Paredes se muestran como estilistas de la expresión. Coronado hace irrumpir ideas que cuestionan la información sobre la personalidad de Sor Juana que impide el conocimiento de la obra de ésta. Fernández, con prosa de excepción, liga letras y pintura, concluyendo que ese “andrógino ser” fue esencialmente humanista. Paredes escribe en refrescante estilo acerca de lo inexplicable: el por qué son literatura los *Enigmas ofrecidos a la Casa del Placer*.

Otros autores que participan en este volumen de homenaje a Sor Juana hacen planteamientos justos, ponderativos, sin la incandescencia de los escritores citados. Mauricio Beuchot logra una apreciada síntesis del hermetismo y concluye que éste trasmina en la obra de Sor Juana, sin ser su única influencia. Beatriz Espejo reafirma la visión heroica de Sor Juana: “dignificó a las mujeres”. Margarita Peña, con gran conocimiento de la vida de las monjas durante la Colonia, muestra cómo Sor Juana es

una monja *sui generis* en razón de su innegable excepcionalidad intelectual y la riqueza de una obra literaria que no encuentra parangón en la virtual obra escrita (biografías, poesías, tratados teológicos) por otras mujeres que también vivieron enclaustradas durante los siglos coloniales (160)

y afirma que en todas las monjas el sometimiento era físico y mental, en tanto que en Sor Juana fue sólo físico.

Hay artículos que, por el tema que tratan, por su organización, sus pretensiones o su estilo, pueden pertenecer a un tercer plano. El de Margot Glantz es una amplia explicación del camino de santidad fijado por Loyola, a propósito de las vidas de monjas que Sigüenza y Góngora presenta en su *Paraíso occidental*. Su artículo sería de mayor hondura si se hubiese situado con dominio en una perspectiva semiológica, pero al

parecer tuvo en mente a un tipo de lector que necesitaba explicaciones prescindibles. El texto de Sara Poot acierta en su tratamiento del espíritu juguetón, desacralizador, de determinada poesía de Sor Juana, pero me da la impresión de que la autora podía haberlo redondeado más, cerrando con mejor estilo la circunferencia. Al texto de Gilberto Prado Galán, relación bien lograda entre *Primero sueño* y *Muerte sin fin*, acaso lo enfríe un poco cierto esquematismo cerebral, aunque éste parece el único camino para vincular dos grandes poemas eminentemente ideológicos. Valquiria Wey habla de que posiblemente Ermilo Abreu Gómez —al parecer no tan insignificante para la academia, pues también Beuchot lo cita— tenga razón al dar por hecho que Sor Juana conoció el portugués en la corte virreinal, y preguntándose por el carácter macarrónico —ojalá hubiera escrito otra palabra— del portugués que hay en los villancicos de la monja de Nepantla, se contesta que

funciona poéticamente como objeto opaco, donde importa como sonido y no como sentido, en una maniobra 'vanguardista', en el caso de que este feo anacronismo pueda ser tolerado.// Estas otras lenguas que aparecen en los villancicos le permiten a Sor Juana juegos verbales que corresponden a su audacia poética y a su espíritu inquisitivo (236).

Del mexicanismo de Sor Juana habla con muy encendido entusiasmo Magdalena Galindo en su apretada síntesis histórica del siglo XVII. Su texto, valioso en cuanto interpretación propia de la época de Sor Juana, presenta ideas discutibles, como la de que la Nueva España de la segunda parte del siglo XVII poseía ya una estructura de clases que determinaba el destino de la sociedad (65), con una economía que tenía ya su propia dinámica (69). Eso era precisamente lo que no existía en la mitad de la Colonia. La estructura de gobierno beneficiaba la extracción de la riqueza mineral, como lo dice Sor Juana en los versos que cita la propia Magdalena Galindo en la conclusión de su artículo:

De la común maldición
libres parece que nacen
sus hijos, según el pan
no cuesta al sudor afanes.

Europa mejor lo diga,
pues ha tanto que, insaciable,

de sus abundantes venas
desangra los minerales.

Como intuye Magdalena Galindo, cierto mexicanismo está en no pocos textos de la monja jerónima. De no igual vuelo que el de los estilistas de la prosa que figuran en el volumen es el artículo de Carmen Galindo, quien, por otra parte, tiene el mérito de descubrir que Sor Juana juega con el lenguaje, hallazgo en el que coincide con Alberto Paredes, Eugenia Revueltas y Valquiria Wey. Texto que comienza bien y finalmente diluye la fuerza de sus ideas es el de Adriana González Mateos, quien escribe sobre los retratos de Sor Juana. En sus primeras páginas, González Mateos se mueve con propiedad, vinculando las ideas de Sor Juana con las líneas y los colores de su rostro, con las direcciones y profundidades de su mirada, pero el final del artículo me parece muy cuestionable. Dice al interpretar uno de los retratos de Sor Juana:

Ligeramente vuelto hacia la parte de atrás del cuadro, pero clavando la mirada en el espectador, al que observa desde esa cima erizada de libros, el rostro profiere sus enigmas a través de una ligera asimetría entre sus dos mitades. La parte derecha recibe toda la luz; bajo la elegante ceja, el ojo es incapaz de darla, no con los argumentos contundentes y un tanto toscos del Santo Oficio, sino con la discreción, la crítica, la risa. No sólo es desafiante sino consciente de su fuerza. El ojo izquierdo permanece en la retaguardia, ligeramente sombreado, tal vez dispuesto a asestar otro argumento, una adivinanza más indescifrable, un retruécano más ingenioso... pero no, cierta tristeza lo hace mirar más allá, olvidar por un instante a la presa, otorgarle el momentáneo respiro que conocen los ratones en las cercanías del gato. Quizás, en vez de distraerse por más tiempo, nos dé la espalda y lea cosas más interesantes (90).

En conjunto, *Los empeños* constituye una aportación al conocimiento de la obra de Sor Juana, si bien con ensayos de diverso calibre en cuanto a extensión y vuelo. Nace este libro en dos veneros inagotables: el de las simpatías de Sergio Fernández con Sor Juana de parte y el de la amistad de un puñado de inteligencias hacia el autor de *Segundo sueño*, como lo expone Vicente Quirarte en las páginas iniciales.

SERGIO LÓPEZ MENA
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM